

"Corrupción, impunidad, poder salvaje, masculinidad a ultranza y violencia sin límite" : los "feminicidios" de Ciudad Juárez y la "narcoviencia" en México : entrevista con Sergio González Rodríguez

Autor(en): **Gewecke, Frauke**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **57 (2010)**

Heft 3: **Fascículo español. Literatura, violencia y narcotráfico**

PDF erstellt am: **16.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-271565>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

«Corrupción, impunidad, poder salvaje,
masculinidad a ultranza y violencia sin límite»:
los *feminicidios* de Ciudad Juárez
y la *narcoviolen*cia en México.
Entrevista con Sergio González Rodríguez

Sergio González Rodríguez (*1950, Ciudad de México), periodista, ensayista y novelista, acaparó la atención internacional con su libro *Huesos en el desierto* (Barcelona: Anagrama 2002; 3ª edición actualizada 2005; traducido al francés y al italiano), destacado ejemplo de un periodismo de investigación valioso y valiente acerca de los llamados *feminicidios* de Ciudad Juárez, en la Frontera Norte de México. Basándose en una rigurosa documentación y múltiples testimonios que recogió, no sin arriesgar su propia integridad física, en el terreno de los acontecimientos, ofrece una relación fehaciente tanto de los hechos como de su contexto político, social y económico: de las víctimas, más de 500 desde comienzos de los años noventa, todas ellas mujeres y hasta niñas, estranguladas y víctimas de abuso sexual, con huellas de torturas y mutilaciones; del entorno social en esas tierras de migración, de contrabando y violencia; y de la impunidad, generada por la corrupción policial y judicial generalizada tanto en los municipios como a escala estatal. A esa crónica impactante de unos crímenes, que en su carácter de asesinatos en serie permanecen sin ser resueltos, siguió recientemente otro libro aún más impactante y estremecedor: *El hombre sin cabeza* (Barcelona: Anagrama 2009), crónica-ensayo que, a través de los escenarios del crimen relacionado con la delincuencia organizada y el narcotráfico, traza una topografía del horror, cuyo clímax son las decapitaciones, cuales mensajes corporales codificados. González Rodríguez no pasa por alto el creciente deterioro social, que a raíz de la crisis económica de los últimos años sufren amplios sectores de la sociedad mexicana; analiza las secuelas, que se traducen en un incremento de industrias ilícitas como el tráfico de personas, el secuestro, la extorsión, y en el hecho de que México ya no es únicamente país de producción y tránsito de drogas sino también país de consumo, con un próspero mercado interno de *narcomenudeo*. La lucha por el control

de ese mercado interno, junto con las rivalidades de los diversos cárteles por asegurarse las rutas de tránsito, llevó a una escalada inaudita de la *narcoviencia*, que no se revela sólo a través del número de *ejecuciones* —se suman hasta varias decenas por día—, sino también por el exceso de esa violencia y su escenificación en la vía pública. Éste es el aspecto más perturbador del libro de González Rodríguez, y al mismo tiempo el más fascinante: el estudio del sentido simbólico y emblemático que, primero a través de la historia cultural de Occidente y luego en el contexto mexicano del crimen organizado, se ha atribuido y continúa atribuyéndose a la decapitación en cuanto «estetización del horror», codificado y ritualizado.

F.G.: Los primeros feminicidios o femicidios que obviamente no podían ser clasificados como violencia intrafamiliar y que se sospecharon ser obra de un asesino en serie, aparecieron en Ciudad Juárez en 1993; ¿se puede hacer un balance de cuántas mujeres han sido hasta hoy victimadas?

S.G.R.: Desde 1993 hasta la fecha, las cifras oficiales nunca han sido confiables. Allí comienza el problema del llamado *feminicidio* o *femicidio* de Ciudad Juárez. Las autoridades mexicanas se han negado a reabrir las investigaciones de aquellos asesinatos. En cambio, a lo largo de los años se han dedicado a manipular los hechos con el fin de presentar una versión oficial carente de consistencia incluso en el registro de las víctimas. Se han ocultado o confundido cuerpos, destruido restos, evidencias y expedientes. Sólo se podría hacer un balance exacto de las víctimas si las autoridades emprendieran una investigación integral de todos y cada uno de los casos registrados a partir de 1988, cuando el Cártel de Juárez obtiene inmunidad por parte del gobierno mexicano para operar allá. Tal posibilidad luce improbable. La sola estimación de 500 víctimas es un agravio vigente. Ahora las autoridades y sus voceros difunden la idea de que nunca hubo asesinatos en serie en Ciudad Juárez. Los hechos contradicen sus mentiras.

F.G.: Se siguen buscando respuestas, algo así como una «racionalización» de los crímenes y del exceso de violencia. ¿Cuáles serían los motivos por parte de los victimarios? ¿Un odio misógino inherente a la sociedad mexicana? ¿Resentimientos sociales frente a esas mujeres que en su mayoría tenían un

modesto vivir como trabajadoras de la maquila, siendo al mismo tiempo lo que llamas «víctimas de bajo riesgo»?

S.G.R.: Ante los asesinatos de extrema violencia contra las mujeres en Ciudad Juárez se debe tener claro que no todos ellos obedecen a la misma causa ni al mismo autor criminal. Entre 1988 y 2000 hubo una serie de asesinatos, al menos un centenar (de acuerdo con investigaciones de expertos independientes), cometidos con extrema violencia sexual por violadores y asesinos vinculados al narcotráfico en complicidad con gente de poder de dicha frontera. Un poder que llega al centro del país. Esos asesinatos continúan impunes a pesar de las presunciones del gobierno de tener solucionados en su mayoría dichos crímenes. Los asesinatos fueron cometidos por el placer de secuestrar en la calle a mujeres jóvenes o niñas, y violarlas, torturarlas y matarlas en casas de seguridad, ranchos o mansiones en medio de festejos masculinos que fortalecían una fraternidad delincuencia. El tipo de víctimas subraya el poder económico y político de los asesinos, así como los usos simbólicos de por medio en los cuerpos de las víctimas. El criminólogo estadounidense Robert K. Ressler, creador del término *asesino en serie*, detectó la existencia de entre dos o tres pandillas o grupos de hombres dedicados a tal actividad sistemática. La violencia contra las mujeres que hemos presenciado en la última década es el resultado de la impunidad de aquellos primeros delitos. Ciudad Juárez vive sin ley y sin justicia. La violencia misógina es consustancial al crimen organizado, sobre todo el narcotráfico, que se origina en la pérdida de todo respeto a la vida en nombre de la primacía y la búsqueda de la mayor ganancia posible. Al ser más inermes, las mujeres son sus víctimas inmediatas. Si a tal situación se añaden el machismo propio de la sociedad mexicana, se puede tener una idea completa del drama de Ciudad Juárez. En síntesis, corrupción, impunidad, poder salvaje, masculinidad a ultranza y violencia sin límite.

E.G.: Son bien conocidas la ineficacia y corrupción de los cuerpos policiales y judiciales, que llegaron hasta a inventarse algún que otro «culpable». Pero tú vas más lejos indicando su complicidad en una especie de «fraternidad en el crimen», en la que estarían implicadas altas esferas de la sociedad juarense. ¿Hay pruebas de ello?

S.G.R.: Tal fraternidad es la clave, tan es así que cada vez que las autoridades mexicanas a través de sus agentes se acercaban al punto, los investigadores eran detenidos, o se les transfería a otra ciudad y se destruía la información correspondiente. Diversos criminólogos mexicanos y extranjeros, así como investigadores independientes, han aportado informaciones suficientes sobre el *modus operandi* de los asesinos de mujeres de allá a lo largo de los años. (Aparte del ya citado Robert K. Ressler, se pueden consultar las opiniones en su momento de David Trejo Silecio, Óscar Maynez, Candice Skrapec, o releer las pesquisas de los periodistas estadounidenses Diana Washington Valdez, Alfredo Corchado, o Charles Bowden). Las autoridades mexicanas se han negado a investigar los hechos a fondo. Los datos al respecto son abundantes, tanto como son públicos los nexos entre el crimen organizado y aquellos asesinatos sistemáticos contra mujeres. Desde luego, hay que tener claro que es inapropiado pedir que los periodistas aporten «pruebas». Por definición, la prueba sólo puede darse mediante un proceso judicial sujeto a una formalidad específica. El periodista sólo ofrece al público la información que obtiene.

F.G.: ¿Y cuál sería la vinculación con el narcotráfico?

S.G.R.: La fraternidad en el crimen de la que hablamos se llama Cártel de Juárez, e implica a su grupo de sicarios denominado «La Línea», y a la que pertenecen narcotraficantes, policías, militares, funcionarios y gente de poder de aquella frontera que se dedica al lavado de dinero de esta organización criminal bajo la fachada de negocios legales. No hay ningún misterio inasible salvo el que han fomentado las autoridades mexicanas con sus inacciones u omisiones.

F.G.: Si vemos el origen tanto de los feminicidios como de la extrema narcoviolenencia en las regiones fronterizas, podríamos hablar hoy de una «fronte-rización» del país entero. Y no hablo sólo de la cantidad de casos sino también de ese furor que se traduce en lo que describes en El hombre sin cabeza. ¿Qué significaba para ti desandar el camino hacia los fondos de una tradición arraigada en la cultura tanto occidental como prehispánica mexicana?

S.G.R.: El declive institucional de México en los últimos años se debe a la corrupción del narcotráfico que afecta en todos los ámbitos de lo

público y lo privado. Esto permitió el auge del crimen organizado. El monopolio del uso de la violencia de parte del Estado fue vulnerado por diversos cárteles de la droga y otros grupos criminales. En un país de pobreza y desigualdad generalizadas, la violencia irrumpe en la vida cotidiana de las comunidades a la menor provocación. En México se carece de un auténtico Estado de derecho. Por ejemplo, la impunidad de los delitos es del 99 por ciento en términos estadísticos. México vive desgarrado ahora entre sus aspiraciones democráticas e igualitarias y una realidad muy adversa donde tiende a crecer el crimen organizado, el delito común, la violencia, la falta de respeto a la ley y la práctica de la justicia por mano propia. Explicarse estos hechos ha sido para mí encontrar la dificultad de un futuro colectivo en estas condiciones.

F.G.: ¿Y qué significado tiene, para los narcos de hoy, esa escenificación o teatralización de la muerte a través de la exhibición pública de cuerpos descuartizados y decapitados?

S.G.R.: Los diversos grupos de narcotraficantes han pasado de los ritos de dominio masculino y la ostentación de su fuerza corruptora e impunidad, a formas más sofisticadas de imponer su presencia pública. En una primera etapa, que se remonta a veinticinco años atrás, los narcotraficantes eran invisibles. Poco a poco, se volvieron figuras públicas rodeadas de un aura legendaria, que incluye canciones o corridos que exaltan sus actividades contra la ley. Con el fin de sobresalir más que los rivales, cada grupo ha logrado sus propias estructuras de apoyo económico y político, sus propias disciplinas, creencias y rituales violentos, ya sea la fe en Malverde, el «santo» de los narcotraficantes de Sinaloa o en la Santa Muerte, que prefieren el Cártel del Golfo y su grupo de sicarios «Los Zetas». La simbiosis de los narcotraficantes con el México institucional es absoluta. El mayor narcotraficante de México, Joaquín Guzmán Loera, que perteneció al Cártel de Juárez antes de conformar su propio grupo, apareció meses atrás en la lista de la revista de negocios *Forbes* de Estados Unidos como uno de los hombres más ricos de México.

F.G.: Hay un pasaje en tu libro que me pareció particularmente escalofriante y perturbador: tu entrevista con un sicario, miembro de «Los Zetas», que denominas El Decapitador, y cuyo etos profesional estriba en «un proceso instructivo e integral:

fe, lealtad, capacitación, eficacia». ¿Cómo llegaste a conocerlo? ¿Y qué sentiste al escuchar esa racionalización o «lógica» de un crimen que se caracteriza por la total deshumanización de la víctima?

S.G.R.: Todo encuentro de ese tipo se da mediante un intermediario, en el que ellos confían. En mi caso, el intermediario, que por su trabajo entró en contacto con el sicario desde tiempo atrás, logró la confianza necesaria para que el sujeto se explayara. Esas personas no acostumbran hablar mucho de sus actividades. A la fecha me sorprende su testimonio y, sobre todo, la impersonalidad con la que se refería a sucesos cruentos. Me queda claro que él viene de un mundo por completo ajeno al mío. Hay un muro infranqueable entre nosotros. Estos dos mundos están ahora en conflicto en México: el del crimen y el delito, la violencia y la depredación de la gente, y el del respeto a la ley y la convivencia. En otras palabras, la barbarie contra la cultura.

F.G.: En esa guerra sin tregua que libran los cárteles de la droga, se recurre también a las narcomantas o narcomensajes, que acompañan a los cuerpos victimados, esencialmente para avisar e intimidar, por ejemplo cuando dicen: «Para que aprendan a respetar» o «Eso les pasa a los rateros». Esa guerra psicológica sólo puede tener efecto si los medios de comunicación colaboran. ¿Cuál es, entonces, la actitud de ellos?

S.G.R.: Las tácticas de comunicación del narcotráfico son rápidas y eficaces: mensajes de intimidación contra las autoridades, los rivales y la sociedad en general. Conforme se construye mejor la escena o la representación del miedo, mayor es el impacto público. O el riesgo de la paulatina indiferencia. Lo peor es que las autoridades mexicanas han incurrido en el grave error de jugar con los mismos contenidos. A últimas fechas, por ejemplo, éstas realizaron y distribuyeron imágenes de un narco-trafficante abatido a tiros y para estigmatizarle cubrieron su cadáver con billetes bancarios ensangrentados. Los medios de comunicación tienen la obligación de mantener a la sociedad informada al respecto. Su responsabilidad pertenece al ámbito de la expresión y su libertad plena. Deben difundir los mensajes, las imágenes, las noticias, los datos, las informaciones y la mejor cobertura posible para que los lectores o los espectadores se hagan un juicio claro de lo expuesto más allá del morbo. La «auto-regula-

ción» está fuera de lugar en medio de una sociedad bajo crisis profunda. «Auto-regular» en nombre del miedo, la indiferencia o la trivialización que pudiera resultar de la exhibición de la violencia en los medios masivos, traduce una actitud paternalista y acomodaticia, que desprecia la capacidad de pensar de las personas. Hay que recordar a Susan Sontag cuando decía que debemos permitir que las imágenes atroces nos persigan.

F.G.: ¿No existe el riesgo de que el uso excesivo, general, de la nota roja, que se da en México provoque que, en el imaginario colectivo, esas monstruosidades pasen a ser parte de la cotidianidad?

S.G.R.: ¿Uso excesivo general de la nota roja en México? A mí me preocupa la excesiva y general impunidad de los delitos en México. Y esta estremecedora circunstancia se origina en la extrema ineptitud del Estado y los gobiernos. Allí está el problema de fondo. Con pretextos moralistas se pretende a veces mantener a la sociedad en una sequía informativa, o en permanente estado de ignorancia de realidades que atañen a lo más profundo de su vida. Por ejemplo, una imagen violenta puede ofender a una o varias familias o personas, pero el resto de la sociedad tiene derecho a conocer la procedencia y explicación de tal imagen, y a que se le detalle el hecho, el contexto, las causas, los actores, la situación y las consecuencias virtuales de lo que implica aquélla. No soy de quienes defienden el derecho a la ignorancia como una forma de virtud pública. Hay un sesgo de hipocresía inaceptable en demandar que los medios de comunicación «no le hagan el juego» a los narcotraficantes, mientras se miente, manipula, oculta o falsea los hechos desde la autoridad. Estoy lejos de apoyar la idea de la versión única, la oficial, en los medios masivos de comunicación. Así como me parece equivocada la propuesta de un acuerdo general entre la cúpula de gremios periodísticos con el fin de discutir hasta qué punto debe difundirse la violencia. Es ingenuo pensar que aquello podría lograrse en México sin el peso de los intereses de poder y sin evitar la censura. Por lo demás, las decisiones éticas en el periodismo se deben tomar sobre cada caso particular y en cada medio. Debe haber pluralidad. El resto es moralismo autoritario. La normalización de la violencia tiene un solo responsable: el Estado que se ha vuelto cómplice, por comisión o por omisión, del crimen organizado y el delito al negarse, o al ser incapaz, de emprender una lucha eficaz contra ellos.

F.G.: ¿Y los famosos narcocorridos de la onda grupera, que celebran las fechorías y la imagen del narco viril y valiente? ¿Cómo se explica su continuada popularidad?

S.G.R.: Creo que la subcultura del narcotráfico es consecuencia de la preponderancia de éste desde lo más alto hasta lo más bajo de la sociedad mexicana. Los *narcocorridos* son un reflejo, una derivación popular. En medio de la pobreza y la desigualdad, de la falta de perspectivas en el futuro, sobre todo para los jóvenes, la gran mayoría en el país, o en medio de las carencias de educación y cultura, la gente se adhiere a los factores posibles de supervivencia: por desgracia, las actividades ilícitas y su patente viabilidad. O se entregan a las fantasías que ofrecen los corridos de las «hazañas» impunes de algunos delincuentes. De nuevo, insinuar la censura al respecto es tratar de aliviar o acallar los síntomas en lugar de atacar el mal. Otro ejemplo de hipocresía: el partido conservador del presidente de la República ha solicitado castigo penal para los *narcocorridos*, mientras los niños disponen en su material educativo de libros oficiales que mencionan los *narcocorridos*. Los medios de comunicación, la cultura, el arte, la literatura deben reflexionar en un sentido amplio sobre estas realidades más allá de lo inmediato, del morbo, del espectáculo violento.

F.G.: A finales de 2006, al iniciar su sexenio, el presidente Felipe Calderón declaró la «guerra» al crimen organizado comprometiendo en esa guerra al Ejército. En esos tres años el mismo Ejército se ha revelado estar no sólo viciado por la corrupción sino también ser causante de múltiples violaciones contra los derechos humanos, como cateos y detenciones ilegales, torturas y hasta desapariciones. Y se pronostican, basándose en las cifras de estos primeros tres años, para el sexenio hasta 30.000 muertos derivados del crimen organizado. ¿No parece ser la estrategia de Calderón una estrategia equivocada? ¿Sería México un Estado fallido?

S.G.R.: No me queda la menor duda de que México es un Estado fallido, y esto lo digo al margen de la definición estadounidense al respecto, que tiende a etiquetar así a los estados que ponen en riesgo su seguridad nacional. México es un Estado fallido no sólo porque, bajo una supuesta democracia, es decir, sujeta a elecciones más o menos vigiladas que permiten cambio de partido en el poder, se vive en el reino del crimen organizado y el delito, sino porque la corrupción institucional ha

estragado la política y la economía del país bajo una estructura de poder oligárquica e injusta. Los sistemas estratégicos de seguridad, de salud, de protección civil son precarios e ineficientes. El único sistema estratégico que funciona es el de la comunicación, en manos de propietarios monopolistas del sector privado. Asimismo, el Estado en México es fallido porque se niega a reconocer, controlar y castigar la grave falta de respeto a los derechos humanos por parte de las corporaciones policiacas y el Ejército. Y el Estado en México es fallido, sobre todo, porque privilegia su estatuto formal y simbólico en lugar de su acción real.

F.G.: ¿Y existe, para las elecciones presidenciales de 2012, el peligro que ya se conjura: el peligro de que se conviertan, como tantas elecciones habidas a nivel municipal y estatal, en «narcoelecciones»?

S.G.R.: Desde muchos años atrás el narcotráfico patrocina trayectorias de políticos e invierte dinero en las campañas de los partidos. El propio sistema político a través de diversos voceros ha reconocido este problema a últimas fechas. Sin embargo, el combate de las autoridades a este rubro es pobre y escaso. El lavado de dinero en empresas e inversiones privadas, tanto como en el ámbito de la política, carece de interés para las autoridades. México es algo cercano al paraíso en términos del lavado de dinero procedente del narcotráfico. De acuerdo con la Oficina contra la Droga y el Delito de la ONU, los cárteles de la droga mexicanos son una gran amenaza internacional. Con todo, el gobierno se niega a aplicar el protocolo de la Convención de Palermo, al que se adhirió en 2000 para combatir la delincuencia organizada transnacional. De acuerdo con las condiciones actuales de México, en 2012 se definirá la alianza sólida entre el partido que gane las elecciones y el poder pleno del narcotráfico. Nos aguarda una amenaza: la formalización de México en tanto *narcodemocracia*.

F.G.: Para terminar con una apostilla tal vez alentadora y otra que lo es menos. Primero la nota alentadora: en noviembre de 2009 la Corte Interamericana de Derechos Humanos determinó, para tres mujeres asesinadas en 2001 en Ciudad Juárez, la responsabilidad del Estado de México «por la falta de medidas de protección a las víctimas» y «la falta de debida diligencia en la investigación de los asesinatos». ¿Crees que este fallo puede ser motivo, o instrumento de presión para mitigar la impunidad reinante alrededor de los feminicidios?

S.G.R.: El dictamen de la CIDH sobre tres asesinadas es una compensación para las familias de las víctimas de Ciudad Juárez. Durante mucho tiempo dichas familias exigieron a las autoridades que investigaran los hechos y castigaran a los culpables. Nada lograron del Estado ni los gobiernos mexicanos, excepto desdén, olvido, amenazas, descrédito. La condena al Estado mexicano ayuda a mantener la memoria de los hechos y redobla la exigencia de justicia para todas las demás asesinadas.

F.G.:Y el comentario de Roberto Bolaño, quien para la cuarta parte de su muy celebrada novela 2666, al centrarse en las muertas de Ciudad Juárez (la Santa Teresa de la ficción), se inspiró en tu libro Huesos en el desierto, y quien dijo que era «una metáfora de México y del pasado de México y del incierto futuro de toda Latinoamérica». ¿Dirías que Bolaño estuvo en lo cierto?

S.G.R.: El gran Roberto Bolaño siempre estará en lo cierto.

FRAUKE GEWECKE
Universidad de Heidelberg